

Droga, consumo y objetos para la fantasía

Una lectura de la película *La vendedora de rosas*

POR: SANDRA MILENA ZORIO LABRADOR*

Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

[En la calle cuando Mónica vende rosas] “¿Va a llevar la rosita? Mire, es que estas son las rosas del amor”.

[Mónica les muestra el reloj a sus amigas] “Miren muchachas lo que me regalaron” –“¡Ay, es un reloj” –“No son de números, sino de muñequitas”.

[Judy ve los alumbrados navideños] “Mirá esas luces, esa chimba de alumbrado, esas campanas tan rechimbadas”.

[Zarco mira una vaca en forma de globo] “Mirá esa vaca, préstame el fierro yo le doy dos tiros para que dé leche”.

[Texto que aparece en una credencial] “Mi amor por ti sube hasta las estrellas”¹.

En *La vendedora de rosas* Víctor Gaviria nos presenta, con actores naturales y gran realismo, la historia de Mónica, una vendedora de rosas sobre la cual giran las historias que se tejen en la cinta. A su corta edad Mónica mantiene relaciones sociales que bien podrían ser las de un adulto: ya conoce los dramas del amor, los celos, y ha aprendido, igual que sus compañeras, a conseguir el dinero para el diario, el pago de un cuarto y su comida. Recorre los laberintos de la calle con dominio, haciendo de esta su casa y como los

demás personajes de la película, ha escogido la marihuana y el pegante como escampadero mortal de sus penas y, en su caso particular, de la ausencia de su madre.

Entre los muchos objetos que aparecen en la película, hay uno especial, que poco a poco se convierte en el eje central de la historia. Se trata de un reloj típicamente infantil: en lugar de números tiene muñequitas. En la calle, un borracho se lo obsequió a Mónica. Es una escena tierna en la que el borracho la premia por haber adivinado la hora. Todos los jóvenes que lo ven quedan fascinados con él: es claramente un objeto para la fantasía.

Todo el tiempo se evidencia en la cinta una relación entre fantasía y droga. Es una extraña relación pues implica a la vez un contraste. Por un lado, se nos presenta la cruda realidad de las comunas y sectores marginales de Medellín: la pobreza, los jóvenes en medio de la ilegalidad fumando y robando en las calles; por otro, la masiva presencia de los pequeños objetos de carácter infantil y el intenso apego, casi pueril, de los jóvenes a éstos.

Más que un contraste, diría que se trata de cómo la fantasía se convierte en la envoltura del real insoportable producido por el encuentro con las drogas. No es un real que se encuentre en las drogas mismas ni en el acto inmediato de su consumo. Lo que nos muestra la clínica es que la sensación de malestar aparece en un segundo tiempo del consumo

* e-mail: zorio22@gmail.com

¹ Frases e imágenes de la película *La vendedora de rosas*, del director Víctor Gaviria, 1998.

de drogas. Vera Ocampo plantea cómo sus pacientes en los inicios del consumo manifiestan grandes sensaciones de placer y encanto. Aunque después de un tiempo, la droga se convierte en un objeto infaltable, del cual se depende para lograr una estabilidad y no como solía ser al principio, para proporcionar placer. Es como si a medida que avanzara el consumo, apareciera poco a poco un real que estaba escondido; real que no se dejaba ver, pues la sensación de completud y plenitud, lo tapaba. “Si en la primera etapa la droga es la que aporta del exterior un placer ardientemente esperado desde el interior, en la experiencia toxicomaniaca esta droga se convierte por sus propiedades farmacológicas en *un objeto específico*, cuya ausencia sume al sujeto en un estado físico y psíquico de *carencia de objeto*, que nuestro paciente describe como *lo horrible*”². De esta manera, parece que en el consumo de sustancias psicoactivas siempre habita un real con el que el sujeto se encuentra, luego de hallarse en un estado de dependencia mortal. En el caso de *La vendedora de rosas*, el real presente en el consumo de drogas está bordeado por la relación que establece este con la fantasía.

En este sentido, hay en la película una imagen que cumple un papel capital, es el *close up* del momento en que Mónica muestra el reloj a sus amigas. Mientras las niñas miran el reloj, la cámara hace un acercamiento. ¿Qué vemos? Los dedos que sostienen el reloj en la muñeca de Mónica, sostienen al tiempo el porro. De esta manera, metafóricamente, se nos ilustra una particular relación entre droga y fantasía.

Las luces de navidad, las cartas de amor, la vaca volando, las credenciales, el reloj de muñequitas, los corazones y demás objetos infantiles, juegan un papel muy importante: todos los jóvenes resultan encantados con ellos. Freud plantea que la fantasía en los adultos es la permutación del juego de los niños: “El adulto, cuando cesa de jugar, sólo resigna el apuntalamiento en objetos reales; en vez de *jugar*,

2 Eduardo Vera Ocampo, *Drogas, psicoanálisis y toxicomanía. Las huellas de un encuentro*, Editorial Paidós, Buenos Aires 1988.

ahora *fantasea*”³. Sabemos entonces que en el núcleo de la fantasía siempre se encuentran elementos infantiles. En el caso de *La vendedora de rosas*, los personajes son niños y jóvenes consumidores que se encuentran en el borde entre el fantaseo y el juego. Fantasean como lo hacen los adultos, pero aún siguen apegados a los objetos infantiles.

Hasta Zarco, el duro matón, quedó fascinado por el relojito y montó en cólera cuando se le dañó con el agua. Asesino de profesión y por costumbre, queda fijado por el reloj de muñequitas que le regaló el borracho a Mónica. Se lo quita arbitrariamente y por petición de uno de sus compañeros de pandilla, primo de Mónica, decide darle a cambio un reloj menos atractivo. Mónica se retira triste por el sucio fraude del que ha sido víctima; no alcanza a imaginar que el reloj de muñequitas (del cual aseguraba, había sido un regalo que su madre le hacía desde el cielo), detrás de su brillo, escondía un real que Zarco evidenciará con el asesinato.

La “quitamaridos”, los robos, las ventas, la infaltable botella de pegante, las cartas de amor, los juguetes, las rosas, el estrene, el reloj, la pólvora, la droga... el objeto tiene un lugar central. En este punto conviene traer a colación lo que dice Melman acerca del nuevo amo contemporáneo: “El lugar del amo, aquel que nos rige, que nos determina, que regula nuestra conducta, que organiza nuestra moral... está ahora ocupado por un objeto: el objeto de la satisfacción, el objeto de goce”⁴. El objeto materializado en la mercancía es el amo de nuestra sociedad actual. Una sociedad que nos demanda el goce sin límite y el exceso de consumo a cambio de una promesa de total plenitud: “El consumidor se encuentra sometido a la presión constante y siempre más exigente de

3 Sigmund Freud, “El creador literario y el fantaseo” [1906-1908], en *Obras completas*, vol. IX, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979, p. 128.

4 Charles Melman, “La autoridad desde el psicoanálisis”, conferencia dictada el 4 de agosto de 2004. En *Desde el Jardín de Freud*, No. 5, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2005, p. 217.

un empuje a gozar, cuyo acceso se oculta en la medida en que se muestra más próximo a la satisfacción”⁵. No en vano el título de la película nos lo anuncia, todo el tiempo están en juego las ventas y el comercio no sólo de drogas, sino que también son fundamentales las persistentes transacciones de objetos para el sostenimiento de los jóvenes, así como para mantener su consumo de pegante y marihuana. Obtienen objetos mediante el robo para luego cambiarlos por dinero en compraventas ilegales; cambian después este dinero por objetos del mercado legal e ilegal. Andrea se roba los patines de su hermana para luego venderlos y con ese dinero comprar ropa. Mónica y su compañero de atracos le roban a una mujer en la calle su cadena de oro, para luego venderla y con ese dinero comprar pólvora en una tienda ilegal y droga en la calle.

Los protagonistas de *La vendedora de rosas* son los jóvenes y niños que la sociedad llama comúnmente “desechables”. Al tiempo que se encuentran en un lugar marginal, paradójicamente estos jóvenes están más que nadie inscritos en la lógica del mercado. “La juventud siempre ha representado una fuerza de insurgencia social, de rechazo a entrar a una sociedad marcada por la desigualdad. Hoy en día, uno tiene la sensación [...] que la juventud tiene ganas de entrar más bien pronto a esta sociedad festiva que se nos propone y a la cual se llama a participar lo más rápido posible”⁶. Mónica y sus amigos están precoz y terriblemente atados a la lógica de la transacción, las ventas y el mercado. Estos jóvenes toxicómanos se mantienen en el límite entre lo legal y lo ilegal, viven en la calle, se encuentran cerca de los desechos del mercado, como la basura, la ropa usada y los objetos revendidos; condiciones que acentúan su lugar de

marginalidad social, aun estando más que nadie inscritos en la compra, venta y consumo, mandatos todos estos del discurso contemporáneo de la sociedad de mercado.

Llegados a este punto es hora de plantearle una pregunta a la película: ¿qué lleva a estos jóvenes a caer en la absoluta obediencia a la demanda capitalista? Revisemos el lugar de la madre y su demanda. Andrea le reclama a su madre por no recibir un trato similar al que recibe su hermanita; expresa su reclamo de amor exigiendo que le compren “por igual para las dos”⁷; reclamo, en últimas, de consumo. Mónica está convencida de que el reloj que le regaló el borracho es un obsequio de su madre desde el cielo, como si la madre le demandara consumir, consumir reloj.

Me permito hacer un paréntesis en nuestra *vendedora de rosas* para introducir una evocación clínica: un caso que atendí⁸ y del que me sirvo para intentar hacer manifiesta la relación de estos jóvenes con su madre: una madre y su hija vienen a consulta porque la joven consumía marihuana y su madre la maltrataba. La niña insistía en que ya no estaba fumando marihuana y la madre por su parte, se negaba a creerlo manteniendo la hipótesis de que ella aún lo hacía. La madre, vendedora de frutas en la calle, tenía muchas dificultades económicas y el padre era escasamente nombrado. En la entrevista, repetidas veces le reclamaba a su hija que ella consumía mucho... consumía mucha luz, mucha agua... consumía muchos servicios. Así como al lector le puede haber dado la impresión de que se refería al consumo de drogas, a mí también cuando escuchaba a la madre, me parecía que la discusión entre madre e hija iba más allá del consumo de los servicios. La madre reclamaba mi asentimiento: “¿Cierto doctora, que la tostadora consume mucho?”; la niña a su turno:

5 Mario Elkin Ramírez, “Los sujetos llamados desechables”, en *Aporías de una cultura contemporánea*, Colección Psicoanálisis, sujeto y sociedad, Editorial Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Humanas, Medellín 2000, p. 53.

6 Charles Melman, *op. cit.*

7 Frase de Andrea en la película.

8 En el marco de mi práctica académica en el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, en el Centro Especializado de Atención al Menor, lugar que atiende casos de jóvenes, niños y niñas consumidores de psicoactivos y habitantes de la calle.

“¿Cierto que no, doctora, cierto que eso no *consume*?; y la madre de nuevo: “¿Cierto que sí, cierto que ella sí *consume* mucho? Y de nuevo la hija, que no. Duraron en esa discusión un buen tiempo. Su núcleo en últimas era el problema por el consumo. El reclamo del consumo de los servicios era el mismo reclamo del consumo de droga. De esta manera, puede uno preguntarse si en la demanda la madre, como representante de la cultura, no está presente también la demanda de consumo.

Volviendo a *La vendedora de rosas*, pareciera que los personajes de esta cinta están drásticamente alienados en el deseo del Otro materno; están inundados por la imposibilidad de poner distancia a esta demanda. Sabemos que el sujeto pone un objeto como salvamento para así evitar ser devorado por el Otro; “se trata entonces para el sujeto, de crear una distancia salvadora para «entregar un objeto» en vez de «entregar su ser» al goce de ese otro devorador”⁹. Mónica y sus amigos ponen la droga y todo lo que la enmarca (la calle, el dinero, la rumba y la ilegalidad) para establecer una distancia entre el deseo de la madre y ellos. Pero finalmente caen en un vacío, un limbo. Para Mónica, la vendedora de rosas, cada viaje de sacol¹⁰ era un encuentro alucinatorio con la mamá, hasta el último que nos muestra la película, cuando halla la muerte en el cuarto de su madre. Extrañamente, este cuarto no está del todo en la casa: Mónica murió en lo que fue la demolición del cuarto de su madre, parte de la casa, que ahora prácticamente está en la calle. Es el cuarto pero no es el cuarto, es la calle pero no es la calle; una especie de limbo, un espacio sin límite en el que los jóvenes se encuentran. Huyen de la casa-madre, como lo hizo Andrea,

9 Pío Eduardo Sanmiguel, “Genética de la adicción: estudio teórico”, en *Revista Colombiana de Psicología*, No. 4, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1995, p. 61.

10 Sacol es la expresión utilizada por los jóvenes consumidores de Medellín para referirse al pegante que inhalan.

huyen del maltrato como lo hizo La Cachetona. Estos jóvenes escapan de su casa, pero esta retorna transformada, en la calle. Huyen de la demanda de la casa-madre, pero la encuentran de manera renovada en la calle. La película la presenta en la metáfora del cuarto-calle.

Vivir en la calle como lo hacen Mónica y sus amigos, es una cuestión de supervivencia; la vida se vive en extremo y sin límites. El exceso es, pues, un elemento fundamental en sus relaciones. Y como en toda compra y venta existe el cobro, la manera de cobrar estas transacciones es la muerte. Estos chicos se acercan a la droga como una forma de escapar a una demanda devoradora del Otro, bien sea el deseo de su madre o la exigencia actual que el mercado y nuestra sociedad contemporánea hace a los niños y jóvenes. Paradójicamente, se encuentran con un real que los consume y terminan siendo ellos el desecho. Los “desechables” son el último eslabón de la estructura capitalista. Ramírez menciona, como lo han planteado ya varios psicoanalistas, que los “desechables” y habitantes de la calle, son el síntoma de nuestra sociedad de consumo, “la condición de resto del capitalismo”¹¹. A su vez, plantea que “todo objeto puesto en circulación en el mercado lleva consigo una vocación de desecho”¹². En el caso de *La vendedora de rosas*, ello es todavía más evidente, así como lo planteé anteriormente, el consumo de drogas carga con un real que lleva a los jóvenes adictos a paso lento y seguro hacia la muerte.

Con el agua de la ducha Zarco ve reducido a desecho el reloj que le fascinó. No lo soporta. Para cobrarlo decide matar a Mónica y antes de hacerlo le dice: “¿Dónde está lo mío?, ¿ah?, que aparezca lo mío, usted ya sabe que por esto le doy un chulo”, y luego, a solas, repite: “Primero fue cara de escroto, y después cara de miembro... ella cara de paja, que coma mierda el culo”. Entonces Zarco sabía perfectamente sobre el lugar del objeto, sobre su resplandor cubriendo el

11 Mario Elkin Ramírez, *op. cit.*, p. 53.

12 *Ibid.*, p. 54.

desecho, pero este saber no lo preservó, y con toda la fuerza de la pulsión, Zarco pasó al acto.

REFERENCIAS

MELMAN, CHARLES, "La autoridad desde el psicoanálisis", conferencia dictada el 4 de agosto de 2004. En *Desde el Jardín de Freud*, No. 5, Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 2005.

VERA OCAMPO, EDUARDO, *Droga, psicoanálisis y toxicomanía. Las huellas de un encuentro*, Editorial Paidós, Buenos Aires 1988.

RAMÍREZ, MARIO ELKIN, "Los sujetos llamados desechables", en *Aporías de una cultura contemporánea*, Colección Psicoanálisis, sujeto y sociedad, Editorial Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Humanas, Medellín 2000.

SANMIGUEL, PIO EDUARDO, "Genética de la adicción: estudio teórico", en *Revista Colombiana de Psicología*, No. 4, Departamento de Psicología, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1995.

FREUD, SIGMUND, "El creador literario y el fantaseo" [1906-1908], en *Obras completas*, vol. IX, Amorrortu Editores, Buenos Aires 1979.

